

PARADISE



ROCK

JORDI SIERRA I FABRA

Primera edición: agosto de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Marta Mesa
Cubierta: Mireia Rey

© del texto: Jordi Sierra i Fabra, 2017

© Ediciones SM, 2017

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9434-8

Depósito legal: M-10734-2017

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRÓLOGO

Lorenzo Gómez Aldrich, más conocido por todos como Lonny, se quedó mirando el anuncio con las cejas arqueadas.

Tuvo que leerlo dos veces.

Y a la tercera, todavía absorto, bajó el periódico y miró al infinito.

PARADISE CAMPUS ROCK

¿Eres músico? ¿Quieres serlo? ¿Eres bueno pero te falta el aliento de los grandes? ¿Te gustaría tocar con alguno de tus ídolos? Paradise Campus Rock te ofrece la posibilidad. Este verano, en Sussex, Inglaterra, abriremos de nuevo nuestras puertas para que alcances tu sueño. Del 21 al 27 de julio, podrás conocer a artistas de la talla de Bill Wyman (The Rolling Stones), Slash (Guns N' Roses), Chris Slade (AC/DC), Roger Daltrey (The Who), Glenn Hughes (Deep Purple), Lita Ford (The Runaways) o Angus B. Warhouse, que te enseñarán sus trucos y técnicas, y con quienes convivarás hasta la *jam session* final, en la que actuarás junto a estas legendarias figuras. ¡Se convertirá en el primer gran concierto de tu vida!

¿A qué esperas? Las plazas son limitadas.

¡Sé el roquero que siempre has soñado!

Y por tan solo siete mil euros (todo incluido).

Más información en www.paradisecampusrock.com.

De pronto, se había quedado sin aliento.

¿Angus B. Warhouse daba clases de guitarra en un campus en Inglaterra?

¿ÉL?

¿ÉL?

¿Como si emergiera del pasado gritando que estaba vivo?

Lonny saltó de la cama y se abalanzó sobre el ordenador. Mientras se ponía en marcha, hizo dos cosas. La primera, mirar su co-

lección de viejos discos, en vinilo y CD, heredada de sus padres; la segunda, atisbar al otro lado de la ventana, sobre los tejados de la parte más vieja de Barcelona, con la primavera estallando por todas partes menos en su alma. Los discos estaban perfectamente ordenados en varios estantes que copaban una de las paredes de su habitación. Los de Angus B. Warehouse se agrupaban al final, viejos, conservados con cariño a pesar del desgaste de tantos años siendo escuchados.

La pantalla acabó de iluminarse.

Se metió en internet y tecleó la dirección de la web. Dominaba el inglés; su madre, Stephanie, era inglesa y había trabajado durante muchos años como cantante de coro de algunos de los más grandes artistas de la historia, y su padre, Martin, técnico de sonido, se desenvolvía en inglés con soltura. Se habían enamorado nada menos que en una gira de los Rolling Stones.

Alucinante.

Pasó diez minutos escudriñando la web. No solo eran siete mil euros. Había que contar el viaje desde Barcelona. Eso lo convertía en casi un imposible. De comienzos de mayo a mediados de julio quedaba un suspiro. Y encima había que pagar por adelantado, en el momento de la inscripción, suponiendo que hubiera plazas disponibles.

Mierda... ¿Por qué sus padres no se habían hecho ricos, o famosos?

¿Por qué estaban apaciblemente retirados?

¿Qué hacía para conseguir siete mil euros más un billete de avión en tan poco tiempo? ¿Vender su alma al diablo? ¿Vender un riñón? ¿Robar un banco? ¿Pedir dinero a todos sus colegas, que estaban igual o peor que él?

Pero era su oportunidad...

Su única oportunidad.

Tal vez Angus B. Warehouse nunca más diese señales de vida, como buena leyenda roquera.

Buscó más información del campus y encontró un artículo curioso en el que se hacía referencia a él. Curioso y un tanto duro. Lo más seguro era que lo hubiese escrito un chico joven, de esos que llamaban, sin el menor respeto, «dinosaurios» a los grandes del rock solo por haber cumplido los sesenta o los setenta años. ¿Dinosaurios? ¡Eran la Historia, con mayúscula!

ESTE VERANO, HAZTE ROQUERO

Músicos venidos a menos enseñan sus trucos a siete mil euros

Paradise Campus Rock es la antítesis de la contracultura roquera. Ya no hay revolución. Pero sí negocio. Y funciona. Por siete mil euros, usted puede ensayar y grabar durante una semana con músicos como Bill Wyman, Lita Ford, Roger Daltrey o Slash. Todos ellos, estrellas del rock venidas a menos que enseñan sus trucos a profesionales o aficionados con aspiraciones.

Paradise Campus Rock lleva ya cinco años a pleno rendimiento, con diferentes campamentos en Inglaterra, Estados Unidos y, en menor medida, en algunos lugares de Asia. Las jornadas empiezan con un desayuno fraternal y una cita con el músico que cada cual haya elegido como maestro de ceremonias. Con él pasan tres horas practicando y ensayando los temas del concierto final, en el que todos tocan en vivo y en directo. Una comida, y vuelta a la carga por la tarde. ¿Es, entonces, una experiencia limitada a gente que ya sabe de música? No.

Una vez participó un tipo que no sabía tocar nada y no tenía ni idea de música. Así que le pusimos un cencerro en las manos y le dijimos que siguiera el ritmo. Fue el tipo más feliz del mundo, sobre todo cuando se subió al escenario y tocó al lado de sus ídolos.

Los conciertos del Campus Rock también se cuelgan en internet y pueden ser descargados...

Lonny dejó de leer.

¿Estrellas del rock venidas a menos?

¡Era capaz de irse a pie a Sussex para ver cinco minutos a Angus B. Warehouse, así que por una semana, y recibiendo clases o tocando con él...!

Lonny apagó el ordenador y salió de su habitación.

Martin Gómez, su padre, leía un libro en el salón. Stephanie Aldrich, su madre, escribía sus memorias en un ordenador con la sana esperanza de que interesaran a alguien y se las publicaran.

Llevaba casi un año con ellas. Su hogar era sencillo. Nada que ver con el pasado más o menos lustroso de ambos, aunque nunca cobrarán más allá de un sueldo por lo que hacían. Las únicas fotos del salón que hacían referencia a ese pasado eran una de ella haciendo un dúo con Mick Jagger y una de él con Fleetwood Mac al completo, aunque ya en su etapa final.

Se quedó en la puerta.

Su cabeza empezó a dar vueltas.

Muchas vueltas.

Iba a ir al Campus Rock.

No sabía cómo, pero iba a ir.

De pronto era lo único, lo más importante de su vida.

¿Tan complicado era robar un banco?

LLEGADA

Lloviznaba y al otro lado de la ventanilla del tren, envueltos en una tenue neblina, los campos lucían un verdor apagado pero radiante por las diferentes tonalidades que los cubrían. Los árboles también mezclaban colores extremos, rojos y amarillos, con una suerte de arcoíris natural producto de una naturaleza llena de vida. De vez en cuando, por entre un abigarrado bosque, asomaba algún viejo y añejo *cottage* lleno de historia, con muros de piedra recubiertos de hiedra. Y no parecían abandonados. Allí vivía alguien. Tal vez los herederos de las rancias familias de otro tiempo, las que solía retratar Jane Austen en sus novelas.

Su madre se las había hecho leer, junto a otras muchas, y ahora lo agradecía.

No recordaba casi nada de lo que había estudiado, pero sí todo lo que había leído.

—Si de verdad quieres ser músico, te ayudará —decía ella.

—¿Cómo va a ayudarme leer para tocar bien la guitarra? —protestaba él.

—¿Quieres tocar como un robot, con mucha técnica pero sin corazón, o tener cultura y la capacidad de sentir la música hasta emocionarte y extraer lo mejor de ti?

Su madre había tenido razón.

Como siempre.

Su padre era más tosco. Tenía el mejor oído del mundo. Había sido un gran técnico de sonido, de los mejores. Pero jamás había tocado un libro hasta que se apartó de los circuitos roqueros; al contrario que ella, que mataba las horas muertas en las giras o los viajes leyendo sin parar. Ahora, en cambio, Martin Gómez devoraba libros como si quisiera ponerse al día y recuperar el tiempo perdido.

Stephanie Aldrich era el eje del trío.

La fuerza que los mantenía unidos.

Quizá porque se habían encontrado tarde, se casaron tarde y tuvieron a Lonny ya mayores, con cuarenta y tres años ella y cuarenta y siete él.

De alguna forma, después de unas vidas tan intensas, lo valoraban y apreciaban todo mucho más.

El tren aminoró la velocidad.

—Es tu parada, hijo —le advirtió la anciana a la que había preguntado no mucho antes.

—Gracias.

Se puso en pie y recogió sus dos únicas pertenencias: una guitarra y una mochila con lo imprescindible. Cargó con ambas y se dirigió a la plataforma. El tren redujo aún más la velocidad al tomar una amplia curva a la izquierda. El letrero de la estación y del pueblo apareció casi de inmediato.

Perrywater-on-Avon.

Ya no lloviznaba.

Más aún: las nubes se estaban deshaciendo y el cielo azul iba ganando espacio entre ellas.

Cuando puso un pie en el andén de la estación, se dio cuenta del detalle: una cuarta parte de las personas que bajaban allí llevaban instrumentos musicales a la espalda; casi todos, guitarras o bajos. Claro que los baterías o los teclistas no iban a cargar con sus instrumentos. A lo sumo, los teclistas sí podían transportar un pequeño teclado o incluso una caja de ritmos. En el campus había todo lo necesario para ellos.

Sus sospechas se convirtieron en certeza cuando en un extremo de la estación apareció un hombre con un letrero.

«Paradise Campus Rock».

Él mismo gritó el nombre.

Lonny fue de los primeros en llegar junto a él. El tipo parecía sacado de una vieja postal de los años sesenta o setenta. Y, desde luego, también tendría eso, entre sesenta y setenta años. Cabello muy largo, suelto, un sombrero con una badana plateada, ropa vaquera prehistórica, ojos hundidos, bigote caído por los lados y una cara surcada de arrugas milenarias, como las estrías de un vinilo machacado por mil agujas. Estaba tan delgado que se le salían los huesos por todas partes.

Lo único que hizo fue señalarles un autocar aparcado a unos cincuenta metros.

Lonny se sentó delante y fue observando a los que llegaban tras él. La mayoría eran jóvenes, pero no faltaban personas de mediana edad. Casi todos eran hombres, pero también había mujeres, más jóvenes, eso sí. El aspecto de la mayor parte era poco convencional. Eso le hizo sonreír.

El espíritu se mantenía.

Aunque aquel fuese un campus para gente que podía pagar una pequeña fortuna, el espíritu se mantenía.

Había discutido con sus padres acerca de ello.

–La única escuela válida es la vida –le había dicho Martin.

–Y el escenario –había añadido Stephanie.

Pero no le habían puesto pegatas.

También ellos respetaban la legendaria figura de Angus B. Warhouse.

–¿Y el dinero? –quiso saber su madre.

El momento más tenso.

Puso cara de póker.

–Me lo prestan unos colegas.

–¿Tanto?

–Sí, no hay problema.

De niño nunca conseguía mentirles.

Quizá hubiera aprendido.

El tipo que se sentó a su lado era italiano y apenas chapurreaba algo de inglés, así que no tuvieron que hablar mucho a lo largo de los veinte minutos que duró el trayecto. Por lo visto, a cada tren que llegaba se mandaba el autocar para recoger a los inscritos en el campus. Era el día de la irrupción masiva de alumnos.

Extraña palabra.

«Alumno».

Él ya tocaba la guitarra más que decentemente. Le faltaba un poco de práctica, soltarse, asimilar algunos conceptos. Las tres bandas en las que había tocado desde los trece años se rompieron porque el resto no estaba a su altura. Era la primera vez que no tenía un grupo.

Y lo necesitaba.

Tener un grupo o meterse en uno, daba lo mismo.

El cielo se había vuelto azul. El sol del atardecer languidecía hacia el ocaso poblado la campiña inglesa de ocres luminosos. Un buen inicio.

Camino de la esperanza.

Intentó empaparse de todo aquello.

Para no olvidarlo jamás.

–*Il paradiso!* –cantó el italiano al ver a lo lejos la puerta del lugar, bajo un arco en el que se leía el nombre del campus.

Desde luego, era un paraíso. Todavía rodaron trescientos metros más hasta llegar al epicentro, un viejo hotel remozado sin perder su añejo sabor británico. A su alrededor, grupos de bungalós desperdigados entre árboles, distantes unos de otros, y muchos pequeños bosques, suaves elevaciones de césped cuidado, caminos de piedra, un estanque central con nenúfares y patos... Parecía más un retiro espiritual que un campamento roquero lleno de aprendices y maestros con pedigrí.

Al bajar del autocar ya los esperaban con las llaves de los bungalós. No hacía falta registrarse. Ya lo habían hecho al pagar la solicitud y ser aceptados. Entregaban el comprobante descargado de internet y recibían un plano del lugar, un informe general, la personalización de su estancia y la llave.

–Bungaló 27 –le dijo la mujer que se acercó a él mientras le señalaba una dirección.

–Gracias.

Se apartó del grupo. Algunos bromeaban, otros reían, no faltaban los que hablaban en voz alta. No era de esos. Tenía fama de introvertido. No eran unas vacaciones. Quizá estuviera a punto de pasar por el punto de inflexión que cambiara su vida.

Quizá.

Caminó unos cuatrocientos metros y tuvo que mirar el mapa dos veces antes de llegar al bungaló 27, oculto por una frondosa arboleda que lo aislaba aún más del resto. No era individual. Cada uno estaba dividido en cuatro habitaciones orientadas hacia los cuatro puntos cardinales. La suya era la 27 D. Abrió la puerta y se encontró en la que iba a ser su casa durante aquellos días. Una cama grande, un armario, una mesita, una silla, un cuarto de baño con lo necesario...

Perfecto.

Sus tres vecinos no parecían haber llegado. O tal vez ya lo hubieran hecho y estaban inspeccionando el campus, los bungalós habilitados para las clases y las prácticas, el comedor o el escenario donde actuarían en la gran fiesta final.

Lonny dejó la guitarra y la bolsa sobre la cama. Ni se molestó en sacar la ropa y colocarla en el armario. ¿Qué más daba que las camisetas estuvieran arrugadas? Allí nadie se iba a poner elegante.

Se asomó a la puerta.

Anocheceía rápido.

¿Habría llegado ya Angus B. Warhouse?

Respetaba a los otros músicos que darían clases en el campus. ¿Cómo no hacerlo? Pero Angus B. Warhouse era...

–Dios, tío, ¿dónde te habías metido estos años? –masculló en voz alta.

El silencio se apoderó de él.

Un extraño silencio.

Como la calma antes de la tempestad.

Al día siguiente, la energía del rock incendiaría aquel lugar de punta a punta.

–*Keep on rocking!* –exclamó Lonny tras llenar sus pulmones de aire.